

La locura de Elizabeth O'Toole

IV Certamen Universitario de Relato Corto:
Jóvenes Talentos Booket-Ámbito Cultural

María del Mar Toscano Pérez

Estudiante de Periodismo

en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla

—Dígame.

—Debo advertirle, jovencita, que está usted cometiendo un gravísimo error del que se arrepentirá...

—Quiero saberlo. Quiero saberlo todo.

—Como desee.

En el mundo hay dos clases de mujeres: las que musitan «siempre seré tuya», y las que ordenan «siempre serás mía». Elizabeth O'Toole, de haber sido alguna de las dos, probablemente habría sido la segunda, aunque ella prefería una nueva variación: «Todo será mío.»

Elizabeth O'Toole no estaba loca. Tenía veinticuatro años, una belleza excepcional, una inteligencia nada modesta, y un padre multimillonario. Huérfana de madre a los tres años, Elizabeth O'Toole era la mujer perfecta para 1923: intuía como una mujer, pensaba como un hombre.

Ambiciosa y astuta, sólo tenía una debilidad.

—Con la próxima luna llena, un cuerpo colgará del roble del lago.

—¡Un asesinato!

—No. Suicidio.

—¿Suicidio? ¿Cuál?

—El suyo.

—Me está usted tomando el pelo, viejo, y no me gustaría tener que darle una paliza.

—Sólo hago lo que la señorita me ordenó, decirle exactamente lo que veo.

Los ojos del anciano volvieron a ponerse blancos. Su presencia allí, cubierto de harapos en aquella suntuosa habitación, hablando de muerte y desgracia mientras la música de jazz y las risas de los invitados se colaban por debajo de la puerta, como una corriente de aire ebria, no podía sino provocar una sensación de desagrado y desamparo a partes iguales. De nuevo, su voz rota por el whisky llenó la estancia.

—Veo un hombre, muy alto, elegante. Un caballero. Veo una mujer encinta. Veo otra mujer. Pelirroja. Un revólver, una discusión, una cortina carmesí que cae al suelo. El roble, y un cuerpo balanceándose con la brisa del lago a la luz de la luna. Un cuerpo, sí, el suyo.

Aquel sagaz adivino, cuyas visiones en blanco y negro sólo distinguían con claridad el color escarlata, se guardaba para sí un par de detalles. La sangre extendiéndose por la alfombra, la relación entre la pelirroja y el caballero, la desesperación de la víctima. La desesperación de Elizabeth O'Toole.

La hermosa mujer no quiso seguir participando en aquella escabrosa pantomima. Con un leve gesto de cabeza, uno de los dos enormes guardias que la custodiaban día y noche, especialmente de noche, cogió al anciano por los hombros y lo arrastró al jardín por la puerta de atrás. Un par de patadas en el estómago y aún se atrevía a reclamar el alcohol prometido. El guardia arrojó la botella sobre el mendigo, no sin antes escupirle en la cara. La señorita O'Toole, desde la ventana, comprobaba satisfecha la obediencia ciega a sus órdenes.

Cuando el enorme gorila regresó a su lado, la señorita O'Toole besó sus bastos labios de simio antes de regresar a la fiesta. A su fiesta. Aquella noche Elizabeth cumplía veinticinco años y aquel estúpido anciano había venido a arruinar la

diversión. Todo el que era alguien en la ciudad de San Francisco se encontraba allí, bebiendo y riendo, apostando y blasfemando, hipnotizados por el jazz, embriagados por el humo del tabaco de sus mujeres. Incluso el agente Sullivan disfrutaba de la compañía de una de las morenas coristas, cuyo carmín rojo fuego quemaba el cuello de la camisa del oficial. Al otro lado del salón, su señora coqueteaba con tres apuestos marines recién llegados a tierra.

—¡Lizzie querida! ¡Gran fiesta!

Una señora envuelta en plumas amarillas apareció tambaleándose entre la marea de personas que bailaban eufóricas en el centro de la habitación, sólo para saludarla. No la había visto en su vida, pero llevaba anillo de casada y el hombre que la arrastró entre besos a un rincón oscuro no. Ése era el tipo de cosas que hacían célebres las fiestas de Elizabeth O'Toole y que mantenían en vilo a todas las viejas alcahuetas de la vecindad, murmurando constantemente sobre si el hijo de los Jefferson era chicano o simplemente moreno, sobre la naturaleza de las relaciones entre la viuda de Fletcher y su supuesto sobrino italiano, y por supuesto sobre los amantes de la señorita O'Toole, de los que incluso las más entrometidas habían perdido la cuenta.

Sin dejar de sonreír, Elizabeth atendía a sus invitados. Sin embargo, no era una noche feliz para ella. Aquel viejo lo había estropeado todo. ¿Quién le mandaría venir a su casa? Sabía que no era más que un borracho en busca de algo de alcohol, que nada de lo que había dicho tenía ni pies ni cabeza. Más de cincuenta personas allí y ni una sola pelirroja. Menueta estupidez. No obstante... ¿Cómo había podido saber que estaba embarazada?

Casualidad. El ingenio de los locos y los borrachos. Una mujer joven y rica, hermosa, conocida de todos por su probidad y por sus numerosos amantes. No era tan improbable. Al menos le había dado una idea: tenía que ver a su marido antes de que aquel asunto fuese demasiado obvio.

—Mi querida, queridísima señora de la Sforzesca.

Al oír aquel nombre Elizabeth se volvió como movida por un resorte, cambiando su alegre expresión al instante. Hacía más de un año que nadie se dirigía a ella de ese modo. Estaba a punto de hacer echar al insolente cuando reconoció a su marido.

—¡Ludovico! Debes de tener el don de leer la mente, querido amigo, pues precisamente andaba pensando en ti y en haceros una visita a ti y a tu hermosa villa toscana. —Automáticamente, su falsa sonrisa había vuelto a inundar de luz su rostro.

—¿Crees que podríamos hablar en privado? Sólo será un momento.

Elizabeth le condujo entre sonrisas y anécdotas triviales a su dormitorio. Era la estancia más amplia de la casa, dominada por una cama con dosel que habían tallado especialmente para ella. Junto al balcón, un diván, un sillón y una mesita servían de despacho a los relajados asuntos de la señora de la Sforzesca. Rara era la vez que recibía a alguien sin que hubiera whisky en la mesita, música en la gramola y sábanas en el suelo.

—Siéntate Vico, siéntate.

El caballero obedeció. Aunque había dejado toda su galantería al otro lado de la puerta, junto con los matones, procuró no irritarse al oírse llamar de ese modo. Al menos no tan pronto.

—Te agradecería, Elizabeth, que no volvieras a utilizar ese nombre.

—Vamos, vamos. Creo que tenemos la suficiente confianza, esposo mío, para permitirnos alguna zalamería superflua.

Elizabeth sirvió dos vasos y se sentó en el brazo del sillón que ocupaba su marido.

—¿Y qué es lo que te trae por San Francisco? Además de ver a tu encantadora mujercita, claro.

—Nada. Estoy aquí por ti. Por ti y por mí.

—¿Por nosotros?

La mujer se echó a reír a carcajadas, apurando de un sorbo el resto de su copa.

—Está bien, está bien. Yo también pensaba algo parecido. Pensaba, amor mío, que tal vez deberíamos pasar algo más de tiempo juntos.

—No, no me has entendido. No estoy aquí *por nosotros*, sino por ti y por mí. Y por Ángela.

—¿Quién es Ángela?

—Espera en la puerta, en el coche. No quería que estuviera en el mismo lugar que toda esta gentuza.

Frunciendo el ceño, Elizabeth se levantó y miró por la ventana. Sólo pudo ver una rizada melena pelirroja dentro de un Ford. Abrió mucho los ojos y arrugó sin querer los ojos visillos que sujetaba con la mano. Procurando recuperar la calma, respiró profundamente y volvió a la carga.

—Así que Ángela. Aprovechando la distancia para serle infiel a tu amantísima esposa.

—No te consiento... Mira, Elizabeth, acabemos con esto de una vez. Para eso he venido. Yo ya no te quiero y tú nunca me has querido...

—No seas melodramático, cielo.

—Se acabó. ¿Me oyes? Se acabó. No pienso tolerar más tus públicas y constantes infidelidades, la falta de respeto a la casa que elegiste por tu propia voluntad, al apellido de mi familia. Cometí un error al casarme contigo. Todos tenían razón, yo estaba equivocado. Has sido una espina en el pecho desde que te conocí, embaucándome al principio y abandonándome después. ¿Sabes cuánto sufría cada vez que alguien me contaba alguna de tus correrías? Cada vez que entraba en un salón los demás se callaban, pues siempre andaban hablando de ti, de ti y de tu amante de turno.

—¿Y tú crees todo lo que cuenta la gente? Te creía más listo Vico.

—¡Ni siquiera respetaste nuestra noche de bodas! Y no te

atrevas a negarlo Elizabeth, no te atrevas porque os vi con mis propios ojos.

—Una travesura sin importancia, para despedirme de mi soltería.

—No te burles, maldito demonio, no te burles. Has sido mi veneno durante dos largos años, pero no consentiré que acabes conmigo. Se acabó. Don Sebastián ha intercedido ante el obispo. Nos concederán la nulidad.

—¿Quién diablos es don Sebastián? Ah, sí, aquel viejo cura pervertido que nos casó.

—No hables así de un hombre santo.

—Bah, di lo que quieras. Ningún sacerdote, por muy amigo de tu familia que sea, permitiría a un marido abandonar a su mujer embarazada.

Ludovico palideció.

—Ese niño no es mío. Lo sabes bien.

—Oh sí, claro que lo sé. Podría ser de cualquiera de los invitados a esta fiesta, de los gorilas que aguardan tras esa puerta, o de la mitad del cuerpo de policía de esta ciudad. Pero qué más dará eso. Te han visto subir aquí conmigo, cielo, y tienen motivos más que de sobra para testificar a mi favor. Imagina qué dirá tu sacerdote. «El señor de la Sforzesca sube a la alcoba de su esposa, la toma a su capricho y luego la abandona embarazada, como a un perro.»

—Como a una perra.

Elizabeth sonrió con maldad.

—Imagina qué dirá tu Ángela.

—Ella no te creerá.

—Lo hará, claro que lo hará. Una mujer dócil, que aguarda sentada sola en el coche a su amante mientras éste visita a su legítima mujer, teme perderlo. Y lo teme porque no está segura de él, y si duda, yo gano. Y dudará.

—No entra porque es una buena mujer, una santa que esto será lo más cerca que esté nunca del infierno.

—Mírala, no le quita ojo a la casa. Siente curiosidad. Curiosidad por el pecado. Por lo prohibido. Me recuerda a mí.

Ludovico la agarró con fuerza por las muñecas y la apartó de la ventana a la que había vuelto a asomarse.

—Escúchame bien. Vendrán a pedir tu conformidad, a hacerte una entrevista. Ni se te ocurra poner ninguna objeción. Haz algo bueno por una vez en tu vida y di la verdad.

—¿Y qué será de este pobre de la Sforzesca que llevo en mi vientre? Sin un padre al que...

Por primera vez en su vida, Elizabeth sintió terror al ver los ojos de su marido inyectados en sangre. Su media sonrisa se borró de inmediato, temiendo en cualquier momento sentir la mano de su esposo contra su rostro. Sin embargo, el hombre se limitó a arrojarla con violencia sobre el diván de terciopelo. Se dio la vuelta, mesándose los cabellos con rabia. Elizabeth empezaba a tranquilizarse cuando de súbito extrajo algo de su pantalón y caminó hacia ella con ímpetu.

Tenía una pistola.

La sujetó por el pelo y apuntó directamente a su sien.

—Estoy cansado, muy cansado de ti. Vas a hacer lo que te he dicho, punto por punto. Ya no te quiero, nunca debí quererte. Nunca debí casarme contigo. Lo sabías y consentiste. Ahora consentirás de nuevo.

—¿Acaso vas a ser tú quien me obligue? ¿De verdad piensas que creeré que vas a matarme?

Él la soltó y se guardó el arma. Cogió su abrigo y su sombrero y fue hacia la puerta.

—Vendrán la semana que viene. Y no olvides nunca, Elizabeth, que yo también tengo amigos en esta ciudad, amigos que harían cualquier cosa por mí.

Se marchó dando un portazo, sin mirar atrás. Aún en el diván, la señora de la Sforzesca digería lo ocurrido. Su padre se enfadaría si no tenía un padre legítimo para la criatura, no importaba lo que dijera Ludovico. El pobre desgraciado nun-

ca se atrevería a lanzar una piedra contra ella, la amaba demasiado. Aquella otra muchacha, Ángela, no era más que una excusa, una infeliz destinada a recordarle cada día lo que su esposa habría podido ser y no era. Él lo sabía, sabía que estaba perdido desde que la conoció, por eso se enfrentó a su familia, a sus amigos, a la razón. Acogería al niño como propio, claro que lo haría. Ya había estado dispuesto a ello un año atrás, incluso a pesar de la certeza de que el padre tenía que ser alguien de su propia casa, probablemente su propio hermano.

Incapaz de explicarse por qué disfrutaba tanto torturando al miserable de su marido, un hombre bueno y noble cuyo único pecado había sido enamorarse perdidamente de ella, se retocó el maquillaje y regresó a la fiesta. Un pequeño contratiempo como aquél no podía arruinar el acontecimiento más importante del año.

Había anochecido ya cuando Elizabeth O'Toole despertó sola en su dormitorio. Los invitados se habían marchado poco antes del amanecer, algunos incluso por su propio pie. Las anécdotas de la noche anterior iban tomando forma en su mente aún nublada por el alcohol, aunque sin ninguna clase de orden. El dolor de cabeza le impedía pensar con claridad. Se levantó despacio, apoyándose en el dosel y tanteando la pared hasta llegar a la cómoda de caoba donde guardaba el whisky. Vació la botella en un vaso de la noche anterior y encendió un cigarrillo. Hacía rato que la luna coronaba el cielo e iluminaba con su luz azul la habitación. A sus pies, el lago reverberaba como la plata bruñida y los seres de la noche entonaban sus melodías inspirados por la suave brisa. Elizabeth caminó sonriente hacia el balcón mientras bebía un trago y abrió la puerta de cristal. Apoyada en el quicio, con la bata de seda blanca bailando al viento, Elizabeth parecía un espí-

ritu en su propia casa. Contemplaba la luna con un placer inusitado en ella, un placer libre de otros pensamientos que no fueran la belleza de la noche en sí misma, con el lago, los búhos y los grillos hipnotizados, como ella, por la luna. Exhaló una vaharada de humo y apuró la copa con soltura. Aquellas cosas no eran para ella.

De repente, el viento dejó de soplar y las cortinas quedaron quietas, como si formaran guardia el otro lado de la pequeña terraza. Demasiado ensimismada siquiera para darse cuenta del cambio en la brisa, Elizabeth tropezó con los largos cortinajes que se arremolinaban en el suelo y se cayó haciendo añicos el vaso contra el mármol.

—Estúpidas cortinas.

Al intentar levantarse, un cristal hendió la fina y blanca piel de sus manos, empapando de sangre la seda de su camión y los visillos de tul rojo. Elizabeth ahogó un grito al tiempo que se sentaba en la cama y se vendaba la mano con un jirón de sus sábanas. Buscó a tientas la luz y llamó a voces a su doncella.

—¿Dónde te habrás metido, inútil? —murmuraba mientras daba vueltas por la estancia como un animal enjaulado.

Abrió de un golpe la puerta que daba al pasillo y volvió a gritar el nombre de la criada. Sin embargo, la casa parecía inmersa en un silencio espectral, como si toda clase de vida se hubiera desvanecido. Elizabeth apartó esas ideas de su cabeza y bajó airada la escalera hasta el vestíbulo. La puerta de la entrada estaba fuertemente cerrada, como cada noche. Corrió hacia la cocina, palpitando en sus oídos la amenaza de Ludovico: «*Yo también tengo amigos en esta ciudad.*» La entrada posterior también estaba asegurada. Por lo menos aquella idiota había cumplido con su deber antes de desaparecer.

Irrumpió en el cuarto de la doncella y lo encontró vacío, la cama sin deshacer y una muda limpia esperando paciente

sobre una silla. Llamó a sus gorilas mientras regresaba corriendo al piso superior, mirando a cada instante por encima del hombro y temiendo cada esquina de su propia casa. Nadie respondía. Desde el pasillo vio cómo algo se agitaba en su dormitorio. Se llevó la mano al pecho respirando con violencia, desencajados los ojos y retrocediendo ante cada sombra, ante cada sospecha, hasta llegar al borde de la escalera. Empezaba a bajar de nuevo cuando vio una silueta cruzar corriendo hacia el salón. Ahogó un grito y se apoyó histérica contra la pared, esperando mimetizarse con el papel granate y oro, temiendo llamar la atención de los intrusos con su sonora respiración. No podía permanecer tan a la vista, pero el único lugar donde se encontraría completamente a salvo sería en su dormitorio. Volvió la cabeza hacia la alcoba. Parecía que quien fuera estuviera esperando agazapado, quizás detrás de la puerta, en silencio, atento al más mínimo ruido, tan nervioso como ella. De vuelta a la realidad, su mirada se encontró con los viejos candelabros de su abuela, tan decorativos en una casa con electricidad. Por una vez iban a volver a servir de algo más. Tiró con fuerza de uno de sus brazos, arrancándolo al momento y trastabillando por su propio impulso, y entró corriendo en el dormitorio blandiéndolo en el aire como una borracha ridícula.

No había nadie.

Elizabeth aseguró la puerta con el pestillo y empujó la cómoda hasta formar una barricada que apuntalaba la puerta. La botella de whisky vacía cayó y rodó por el suelo hasta topar con las patas de la cama con dosel sobre la que tantas veces se había derramado. Elizabeth tuvo de súbito una revelación, cogió de nuevo el candelabro roto y se atrevió a mirar debajo de la cama. Tampoco encontró a nadie dentro del armario, ni en el balcón, donde se apresuró a mirar tan pronto como recobró la serenidad. Sólo sería cuestión de horas que alguno de sus criados llegase a trabajar a la casa, o algún acreedor, o tal

vez el famoso abogado de su marido, esperando que el terror financiado por el señor de la Sforzesca hubiera hecho mella en su presa. Elizabeth rió con ganas.

Eso es lo que esperas, ¿verdad? Soy una jovencita estúpida y he tenido miedo, pero ya no, Ludovico, y no te saldrás con la tuya. Seguiré siendo tu mujer mientras viva, y sabe Dios que viviré tantos años como mi maldito padre.

Elizabeth se arrojó sobre la cómoda buscando otra botella de whisky, pero había agotado sus propias reservas. Cerró la puertecilla con violencia y se acarició el pelo en un intento de calmar sus nervios. Aquel imbécil pensaba que era una idiota redomada que no sabría distinguir su propia sombra. Se paseó a grandes zancadas por la habitación, mirando con desprecio los cristales rotos que la habían hecho entrar en el juego de su querido esposo. Salió al balcón asqueada y se apoyó en la balaustrada. A sus pies, el jardín seguía su concierto nocturno, imperturbable, moviendo la brisa las hojas del viejo roble. El viento redobló sus fuerzas, cambiando de levante a poniente y Elizabeth se volvió para guarecerse del frío. Al otro lado de las cortinas, una sombra oscura aguardaba, quieta, paciente, silenciosa. Elizabeth retrocedió asustada. Estaba acorralada. Cerró los ojos y se abalanzó sobre la silueta en un desesperado intento de cambiar su destino. Pero ya era tarde. Cayó al suelo arrastrando en su caída las cortinas de tul escarlata y golpeándose en la cabeza con la pesada barra de hierro que las sujetaba a la pared. No había nadie al otro lado. La sangre se deslizaba por sus mejillas, resbalando por su boca y acariciando aquel cuello blanco que tantos hombres habían besado. Elizabeth se puso en pie tratando de detener la hemorragia con su propio vestido. Perdió el equilibrio y tropezó con los cortinajes arremolinados en el suelo. La sangre sobre sus ojos y el alcohol en sus venas enturbiaron el mundo a su alrededor, conduciéndola de nuevo hacia el balcón como guiada por la mano invisible de la providencia. Elizabeth trató de su-

jetarse a la barandilla, pero su propio peso y la incertidumbre de sus pasos la empujaron al vacío. Las cortinas enredadas en sus piernas quedaron ancladas en el viejo roble, y su cuerpo colgaba ya sin vida envuelto en jirones de tul carmesí que se abrazaban a su largo cuello de cisne, inerte y frío a pesar del calor de los besos de tantos hombres.